

PROLOGO

Como antiguo alumno y actual Canciller de esa Facultad de Teología, quiero hacerme presente a la conmemoración de su fecundo primer centenario. Acepto, pues, con agrado la invitación que se me hace de abrir con estas líneas el volumen que conmemora tan señalada efemérides.

Pero evidentemente el acontecimiento desborda mi relación personal a la Facultad y se inscribe, por su transcendencia, en un contexto eclesial más amplio. Quiero por eso acompañar mi felicitación y mi acción de gracias por la historia realizada, con unas reflexiones para la historia que sigue abierta.

Cien años de Facultad de Teología, cien años de teología científica, suponen un arduo y sostenido esfuerzo por pensar la fe cristiana con veneración y objetividad, con calor y sistematicidad, con respeto y libertad. Apenas cabe concebir aliciente mayor para mentes elevadas y corazones audaces, que conjugar a una esos talentos, juzgados a menudo contradictorios, y cultivar la fe sin renunciar a ninguna exigencia de la honestidad e inquietud intelectuales.

Cien años de Facultad de Teología son asimismo cien años de noble e imprescindible servicio eclesial. Pensar la fe significa, por un lado, cultivar la analogía de esa fe, es decir, su organicidad, la trabazón de unas verdades con otras, la coherencia de todas ellas entre sí y con el gesto fundamental de aceptarlas y vivirlas. Sin tal servicio eclesial la fe se recorta o desconcierta.

Pero la Iglesia no es sólo un cuerpo compacto de verdad y de vida; es también una señal alzada en medio del mundo y de la historia, una invitación universal a creer. Por eso la otra vertiente de ese ministerio eclesial de una Facultad de Teología, y en particular de una Facultad de Teología católica, consiste en ir elaborando una analogía de la fe con

la razón. Esta segunda tarea os sitúa en posiciones arriesgadas de vanguardia eclesial. Desde ellas tenéis que mostrar que no existen razones para rechazar en nombre del humanismo a Dios ni al Evangelio; más aún, mostrar, en el campo y con las armas de la racionalidad, que la mente y la vida del hombre son inhumanos o insuficientemente humanos cuando no asumen la dinámica que anunció y protagonizó Jesús. Con ello conseguiréis que la Teología entre en la historia concreta de los hombres, «ande con ellos su camino», ilumine los sistemas de valores del hombre y de la sociedad y «juzgue» desde el Evangelio las realidades que dichos sistemas producen.

Conciliar la identidad de la fe con la relevancia de ella a los ojos de la Iglesia y con su incidencia en la sociedad es el gran quehacer de una Facultad de Teología. Los cien años de la vuestra de Oña-Deusto se enmarcan en ese servicio. Esa es su verdadera historia. Ese es su «debe», nunca del todo asequible, como el mismo Evangelio y el mismo Dios; un «debe» emplazado en contextos culturales diversos y en diversas coyunturas eclesiales. Pero ése es también vuestro «haber». A pesar de las dificultades —incluida la de un duro destierro—, y a lo largo de cien años, habéis mantenido la ilusión y la entrega a vuestro deber. Vuestra Facultad ha formado incontables teólogos para las más variadas empresas apostólicas y los más remotos lugares. Las numerosas y densas páginas que siguen atestiguan la riqueza y calidad de los hombres formados por esa Facultad. Oña fue garantía de un estudio teológico serio, al que la misma geografía invitaba.

Cuando el Concilio Vaticano II subrayó la necesidad de una más íntima presencia y participación de la Iglesia —también del pensamiento teológico—, en «los gozos y esperanzas, tristezas y angustias del hombre de nuestros días» (G. et Spes, 1), la Facultad de Oña, que ya venía participando de ese mismo apremio, no dudó en abandonar su largo retiro y exponerse al diálogo con la cultura profana. Solicitó así de la Santa Sede y de la dirección de la Compañía de Jesús su traslado al «campus» de la Universidad de Deusto y, al mismo tiempo, la apertura de su alumnado y de su claustro a miembros de otras órdenes, del clero secular y laicos.

Consentimos de muy buen grado a estos deseos, y en 1967 empezó una nueva época de la Facultad con ese traslado que ahora, en 1980, al cumplirse el centenario de la fundación de Oña, es colmado con su incorporación plena a la Universidad.

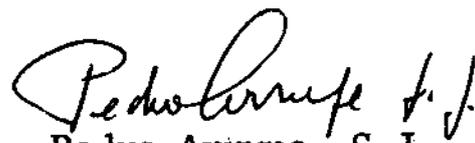
Pero una Institución viva, y para la vida, no se puede parar. Por eso la Facultad se dispone a continuar su andadura. Más que ninguna otra Institución, una Facultad de Teología se mantiene viva en la medida en

que conserva y renueva su sensibilidad a la historia de Dios en, y con, el hombre, no sólo acompañando su historia, sino, en lo posible, ejerciendo su misión profética también en la vertiente anticipatoria de la misma. Esto es tanto más verdad en momentos en los que la Iglesia, la sociedad mundial y esa misma sociedad directamente circundante experimentan profundos cambios que significan un nuevo capítulo, una nueva época de la comunidad humana y eclesial, a la que una Facultad de Teología no puede sentirse ajena, si quiere ser fiel a su propia razón de ser e incluso a su propia tradición.

Es este contexto nuevo de la humanidad actual, con su ateísmo y su «inequidad», pero, al mismo tiempo, con su preocupación por el hombre, sus anhelos de justicia y su búsqueda de Dios, el ambiente propicio y estimulador de la Facultad. Todo ello concretado en el escenario humano más inmediato de la Universidad de Deusto. El mundo universitario, el complicado y agitado mundo de la cultura, y en particular la del País Vasco, han de provocar vuestra fe y vuestra inteligencia de teólogos y configurar interdisciplinariamente vuestra misión de tales. Crearéis así una Facultad en medio de las otras, que se deja plantear por ellas los problemas vivos del mundo actual, y que al mismo tiempo las provoca a todas las demás, cada una en su campo propio de servicio al hombre, a cuestionarse y trascenderse desde el Evangelio. Esta es la noble y ambiciosa empresa a la que os animo, desde este pórtico, a todos los actuales y futuros responsables de la Facultad y para la que formulo mis mejores votos.

Que el señor os bendiga a vosotros y a vuestros proyectos y trabajos por El.

Roma, 18 enero 1981


Pedro Arrupe, S.J.